

Concepción, Mayo de 1979

ENTREVISTA A DON DANIEL BELMAR.

Daniel Belmar está en su casa, entre sus libros que medio doblan las tablas de los estantes, algunas fotografías, la amenaza del invierno, en compartida soledad con su esposa, tenue presencia solícita.

Escribe poco. Pero escribe. Gusta de conversar. Las visitas son extraños recibidos con amabilidad, con ligera expectación, como naturales de otras coordenadas.

Hace un tiempo —no mucho— le hicimos, indiscretos, algunas preguntas que él respondió al tenor que luego se expone.

Valgan estas líneas de homenaje al tranquilo, algo retirado y siempre grande novelista.

Vértice: ¿Qué ha significado para usted la obtención del Premio "Ricardo Latcham", el más reciente de aquellos con los que ha sido distinguido?

Daniel Belmar: el Premio "Ricardo Latcham", instituido por el PEN Club de Chile, y que me discernió un jurado constituido por los Premios Nacionales Sady Zañartu y Julio Barrenechea, y por los escritores Vicente Mengod, Luis Droguett Alfaro, Carmen Castillo y Graciela Illanes Adaro, se mantiene todavía en el aire. Me fue otorgado el 8 de diciembre de 1978, y nada más he sabido de él. Parece que esta situación, inconfortable sin duda para mí, se ha producido a raíz de la escisión del PEN Club Internacional de Escritores. Pero, sean como fueren los sucesos, me siento muy honrado con esta distinción que enaltece mi labor literaria. Fui amigo de Ricardo Latcham, a quien admiré por su talento y la rectitud del juicio.

V: ¿Cómo estima, desde la perspectiva de la madurez, su propia obra?

D.B.: Imperfecta, sin duda alguna. No logré resultados mejores, pese a una autocrítica vigilante y a la corrección despiadada de la forma. Algo sobró y algo faltó. Creo que la constante última del hombre es la insatisfacción.

V: ¿Cómo es el proceso de creación que usted realiza hasta concluir una novela?

D.B.: En cierta ocasión, después de una charla en la Biblioteca Municipal de la ciudad de Temuco, una niña me preguntó: —"¿Cómo se escribe una novela?" Salí del paso como pude: —"Y, muy sencillo, coja usted un comienzo y un final, y al medio rellena". Porque me parece que no existen recetas ni métodos para explicar el proceso de la creación literaria. Este proceso varía según la cultura, la experiencia, la sensibilidad del escritor.

V: ¿Cuál es su visión de la narrativa actual en nuestro país?
D.B.: Anémica, aparentemente. No hace mucho, en un diario de Santiago, alguien afirmó que la novela chilena estaba en crisis porque en los diez últimos años no aparecía alguna en que figuraran los hechos políticos que han conmovido y transformado el país. No me parecen valederas tales afirmaciones porque los procesos aún no cuajan, no se consolidan, no han terminado. El novelista no es brujo ni adivino. No vaticina. Narra. Deja el papel de augura a los cultores de la ciencia-ficción. Si bien es cierto que han desaparecido muchos de los grandes novelistas chilenos en años recientes —Manuel Rojas, Benjamín Subercaseaux, Salvador Reyes, Eduardo Barrios, Nicomedes Guzmán, Mariano Latorre, Fernando Santiván, etc.—, no es menos cierto que debe haber muchos jóvenes observando y recopilando los elementos de una nueva novelística chilena. En tal terreno debemos lamentar la muerte de Erich Rosenrauch, joven y brillante escritor penquista, autor de seis densos libros. Entre las variadas causas que inciden en la crisis de la novela chilena, no puede desconocerse la influencia de la recesión económica que afecta a todos los niveles de la producción. Los altos costos de la impresión alejan a los autores potenciales. Caen los niveles de venta, las librerías languidecen y las editoriales se saturan. Existe, además, la presencia del best-seller extranjero, producto para la sociedad de consumo, el libraco desmesurado, apuntalado por películas que avivan alegremente la cueca. La gente, enceguecida por la propaganda, cae en la trampa alevé.

V: ¿Qué espera del futuro?

D.B.: Creo que a edad —setenta y tres años— el hombre ya no tiene futuro. Vive al día. Esperando el milagro que lo libere del agobio de los años. En cuanto a las generaciones venideras, deberán enfrentar un futuro tenebroso: el agotamiento de los combustibles naturales, cosechas insuficientes para una población que crece por días, la ruptura del equilibrio ecológico. Y en un futuro muy lejano, el fenómeno de la Entropía, el enfriamiento total de la materia hasta llegar al cero absoluto en que cesa todo movimiento. Pero el hombre es inmortal. Los científicos lograrán la salvación humana de tales siniestros avatares. El descubrimiento de la energía atómica y los viajes espaciales constituyen demostraciones palmarias de esa lucha sin alternativas por la supervivencia.

VERTICE N° 5

DIRECTORES: OYANEDER
SALGADO

CORRESPONDENCIA: CASILLA 481

CONCEPCION (CHILE)

RENCOR

¡Clac!

La navaja se abrió con golpe seco.

Con el recién llegado entró el rumor de la lluvia y el olor de la humedad. El agua se desprendía en hilillos diversos de su manta de castilla, rodeándolo en un círculo sobre las tablas polvorientas. En su mano, la amenaza. El sombrero deformado le ensombrecía los ojos, haciendo resaltar más sus pómulos de mestizo.

Recordó las historias sobre la Endiablá conviviendo con un indio. Y su despedida:

— Pedro se encargará de ti, desgraciado.

Los parroquianos eran pocos a esa hora: dos peones del fundo vecino, el italiano y él. Tras el mostrador, el cantinero.

La puerta había quedado abierta y el aire húmedo removía los olores a vino pipeño, cuero, cuerpos, el tabaco apestoso del italiano.

Los peones se quedaron quietos. El italiano giró un poco su silla. El permaneció inmóvil, con la cabeza baja, pero mirando al mestizo.

Los salones de la casa grande del fundo de los Domínguez estaban llenos de gente, todos invitados para recibirlo a él, el nuevo agrónomo, y se sentía incómodo, siempre había sido tímido, apuró un par de copas para lograr aplomo, y entonces un murmullo recorrió la fiesta, apareció ella y Antonio Domínguez le susurró:

— ¡La Endiablá!

El italiano dejó la pipa sobre la mesa.

El mestizo echó una mirada en torno.

A poco de llegar se dirigió a él; Antonio Domínguez hizo las presentaciones y la gente los miraba, comentando, y en un comienzo le sorprendió lo directo de su trato, lo primero que le contó fue un chiste obsceno, pero no por ello daba lugar a mayor confianza, y luego de apretarlo en un par de bailes dejó la fiesta y todos sonreían mirándolo en su turbación.

El cantinero carraspeó.

Tres noches después fue a despertarlo, haciendo coclear al caballo, que montaba desnuda, contra las paredes de su cabaña. Pronto todos lo sabían, las niñas Domínguez no lo saludaron más, don Antonio sonreía y el capataz italiano aconsejaba: — Es lo de siempre, ma non si deve entusiasmar, ella è una putana.

Pero se entusiasmó y comenzaron las noches increíbles en la casona del otro fundo, que ella habitaba sola, entre muebles antiguos y pesados cortinajes, pero ni un retrato, ningún vestigio, y ella nunca hablaba del pasado ni del futuro.

El italiano le contó de los padres ya muertos, un alemán llegado después de la guerra, una santiaguina, el fundo cerrado a las visitas, la niña creciendo sola, una arrancada a la cordillera, luego el regreso y un peón que amañó capado y con un tiro en la nuca.

El mestizo avanzó un paso hacia él.

Después comenzó a cansarse de su carácter violento, de su deseo insaciable, de sus celos, y terminó con ella. Pero volvió, una y otra vez, ella lo buscaba, ya no hacía patear al caballo las paredes sino que las rasguñaba, gimiendo hasta enloquecerlo y así pasaron dos años.

Levantó la vista y miró fijamente al mestizo.

Hasta que decidió trasladarse y ella lloró y lo maldijo, quiso arañarlo y entonces la golpeó.

El otro movió la navaja, balanceando el brazo.

Pensó en el tren, miró las maletas en un rincón, lástima haberse detenido para un último trago, pero así son los líos.

A través de las paredes de la cantina llegó el ruido de los caballos moviéndose en el corral vecino.

Olor a humedad, seguía lloviendo; a través de la puerta brillaba el barro del camino.

El mestizo avanzó otro paso.

Se puso de pie.

El italiano le pasó su puñal y se hizo a un lado.

Sobre el techo de calamina repiqueteaba la lluvia.

ADAN

Expulsado al fin
por aquello
que ya estaba escrito,
no puedo evitar considerarme
objeto de una injusticia.

Sólo tengo ante mí
posibilidades,
y vagaré eternamente entre ellas,
compenetrado
de una renovada frialdad.

Podría agitar mi puño
vuelto hacia la senda
que me aleja de Allí,
pero sería un gesto inútil:
el Edén
fue sólo
una ilusión.

Patricio Oyaneder Jara.

TRANSPARENCIAS

Triste como gota de otoño
en ti cantan las ansias y la nostalgia
Afuera, la lluvia labra la fuente
más frágil
que los pequeños ríos
que cruzan por la ventana
Mientras contemplo esta pálida gota
que cruza gélida por los vidrios
veo como nuestro líquido castillo
yace disuelto
en un barco transparente.

ALETHEIA

Qué tarde permanece todo
sólo sombras en este callejón sin salida:
Los autos que rumban melodías saxofónicas
Una rubia sexea a un señor anciano
Un cajón de billetes cuenta monedas
Frases que se llenan con aire
Revistas que carraspean altisonancias
Libros con jirones y espinas
Espejos con telarañas y bengalas
Mucho de mucho
Sé que debo apurar el paso
pues mi amada
espera.

EL ENTIERRO

Hoy entierro los últimos despojos
de tu recuerdo

y rezo por aquellos muertos
sepultados entre los árboles

Eramos voces vagando

Y era tanta nuestra soledad
que sólo hablábamos en silencio

Hoy, vestido de riguroso luto

aplasto esta hoja donde escribí tu nombre

y lanzo hacia las sombras

aquellas lluvias de aquel otoño

Y camino más solo que nunca

He dejado tus restos

en un rincón de la esquina

para que nunca saltes y ahuyentes

a solitarios como yo.

Jorge Salgado S.

CUENTO

Eran días de fiebre y de silencio
de un silencio tirante, como negarse
a probar el agua de las fuentes,
días tórridos en medio de la lluvia,
eran días en que el vino era imposible
si tú no venías a beber en mi copa,
días que no podría repetir en el destierro.
Esta era una muchacha distante,
una muchacha firme en su bodega,
de apetito firme y color seguro,
de color cetrino como el ocaso
de un país extremo, difuso, difícil.
Esta era una muchacha morena
y delgada y ajena al silencio,
en un día tórrido en medio de la lluvia,
y yo la amaba y la amaba sin momentos

Jorge Mendoza Enríquez

¡Gato, ven a comerte a Talo!

mi guagua enigma:

sombra bulliciosa,

enhebrador de estrellas

y minucias

escrutador del cielo

— Gonzalo sueño —

¿Dale un beso al papo?

Niño noche o

niño riachuelo oscuro,

espuma y estrella.

Papo ¡Quédate en el regazo

— esperando —

al gato que viene a

comerse a Talo!

Jorge Mendoza Enríquez.

QUIEN ERES TU, MUJER

Quién eres tú mujer
que llegas como el viento, desde toda la tierra
sin pasos, sin palabras
hecha con la distancia

Quién eres tú
que haces de la verdad un suspiro en tu lecho
y del amor, un eco entre mis brazos
y el duelo en que me muero
por habitar tus noches

Contigo empieza el alma
y todos sus desvelos transcurren en tus ojos
y a ti conduce el tiempo
y ese milagro de las cosas
que habla por tu mirada
y ese tormento
y esa calma

Que he de volver por tus caminos a conquistar tu piel
y a hacer un solo instante de nuestros dos silencios
mujer,

que me das muerte,

y alma...

Marco Antonio Allendes de la C.

RETRATO

Cualquiera que te viera, amor, diría "esta gacela victoriosa
se ha escapado del sueño" ...

Pero yo digo que esa boca en que el aire se humedece
y entra y sale y crece
no es más que el abismo en que mi soledad se quema.

He aquí el mismísimo color del otoño
el que en tus ojos baila
se detiene su silencio en tu pupila
se detiene
se queda ya
o se va en la claridad del llanto.

Y tu alegría más abajo bailando en tu elegancia
y el capricho
el doloroso capricho
la obstinada costumbre
de quererme.

Edgardo Jiménez

Un leve movimiento de mis cuatro paredes.

No debió hacerlo. Siempre la recordaba. Cuando tenía fiebre su sonrisa estaba plagada de neblina y sus ojos huían con el viento.

"¡Ja, ja, ja. ¡A qué te pincho con el alfiler! ¿Sabes? Parece que lo nuestro no tiene sentido. Me gusta tu mirada que atraviesa los bancos y me hace pensar, a veces, que te quiero. Pero no puede ser. Somos mundos diferentes. No te apenes. Aquí te dejo un chocolate". A veces, la sentía inalcanzable. Otras, tejía miles de frases para confeccionarle un manto de ruegos y amores. No, mejor que siga igual. Ahora me arrepiento de haber lanzado lejos el papel plateado. Creo que era de "Hucke". Allí, en letras menudas, estaba escrita su dirección. Ahora comprendo. Sin embargo, en ese tiempo, no estaba para sutilezas.

Los pasos parecen temblar al pisar la tierra.

"Creo que tú no comprendes. Siempre con tus libros y esa mirada triste".

Yo sufría. Era la primavera. Ansiaba tomarla por la cintura. Llevarla conmigo y murmurarle todos mis poemas y palabras forjadas en mis noches de insomnio. Una vez, escribí una página con todas las frases para declararme. Pero, ese día sólo se limitó a huir de mí. Yo desde un rincón, en el fondo de la sala, murmuraba en silencio.

Su rostro pálido y demacrado: "Me casé. Tú sabes con quién. Perdón. No le conoces. Fuimos muy felices hasta que un día todo terminó. Nuestro hijito enfermó gravemente. Yo le pedí a Nano, así se llama mi esposo, que me acompañara a la capital. El muy bruto me dijo que no tenía remedio y no valía la pena perder dinero. Estaba sola. Terriblemente sola. Pablito murió".

Sentí el temblor de su voz, quebrada por el recuerdo. Todavía tiene esa hermosa sonrisa. Sola... Yo también estuve solo. Especialmente el día en que la vi, muy alegre, caminar por el parque en compañía de ese tal Nano. Días enteros estuve solo pensando en ella, buscando su rostro en las paredes, besando esa letra menuda grabada en un libro de inglés que le había prestado. Incluso, una tarde, le escribí que me aguardase hasta que finalizara mis estudios.

¡Qué terrible fue aquella tarde cuando la saqué a bailar en una ramada! Ella estaba con un poncho gris. Se resistió, pero igual bailamos. Claro, ahora comprendo. Por aquella época, estaba embarazada de su primer hijo. Yo no sabía que se había casado y ella tampoco me lo dijo. "Y tú ¿cómo estás?". Hubiese querido decirle todas las maldiciones acumuladas. Sin embargo, sólo atiné a decir: Bien, gracias.

Es largo este camino. Lo siento por las pisadas lentas.

"Te quiero. Siempre te he querido. Estos años creía que te había olvidado. Pero siempre tus ojos me miraban desde aquel rincón. Hubiese querido que todo fuera distinto. Que tú y yo... Pero, ahora, nuestros caminos no son los mismos. Lo presentí. Por eso no quería amarte". Era cierto. Es imposible. Ahora más que nunca. No debió hacerlo. No debió decirme adiós de esa manera terrible. Creo que todavía la quiero. Pero, ahora es imposible. Creo que han llegado. En pocos minutos me dejarán completamente solo. Así es cuando a uno lo van a enterrar.